

Niños Buenos Y Niños Malos





00074301

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona 15 de junio de 1917.
Imprimase.

EL VICARIO GENERAL
JUSTINO GUITART

POR MANDATO DE SU SRÍA.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, Pbro.
Scrio. Canc.

20118

20118

175

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

NIÑOS BUENOS
Y NIÑOS MALOS



Con ocho ilustraciones en cromotipia

RAMÓN SOPENA, Editor.
Provenza, 93 a 97.—BARCELONA
1930

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

18

DERECHOS RESERVADOS

NIÑOS BUENOS Y NIÑOS MALOS

UN CUMPLEAÑOS

Que en la familia reinaba profunda excitación era indudable: la extraña conducta de sus miembros lo revelaba de una manera bastante elocuente. Frases entrecortadas, sonrisas significativas, miradas que decían mucho, conversaciones interrumpidas toda vez que Elenita penetraba en la habitación; y al fin, por si eso no hubiera bastado, una seña casi imperceptible de Ernesto, pero que Paulina comprendió inmediatamente, y la salida extraña, inexplicable, de ambos, dejando sola a Elenita.

Algo extraordinario, algo misterioso debía ocurrir porque Elenita no protestó enérgicamente contra una conducta tan fuera de lo regular, una conducta que, en cualquier otra ocasión, la habría hecho poner el grito en el cielo; y lo más sorprendente fué, no que no protestara, sino que, al parecer, encontrara muy natural esa conducta. Es que aquellos misterios la agradaban en vez de molestarla; esto, al menos, habría sospechado el más lerdo al ver que, en ninguna de las muchas veces que Ernesto y Paulina salieron de la habitación, hizo ella ademán de seguirlos, ni arrugó el entrecejo, ni dejó de sonreír graciosa y picarescamente, ni se borró de su semblante el júbilo que su corazón rebotaba.

Que la excitación estaba muy en su lugar, que los misterios reconocían una causa muy justificada, era también indudable. Aproximábase el cumpleaños de Elenita, acontecimiento magno, acontecimiento en alto grado impresionante, tanto más que la beneficiada había tenido muy pocas ocasiones de festejar una solemnidad semejante: como que iba a cumplir ocho años solamente.

Tan excitados como la misma Elenita, y acaso más, estaban sus

hermanitos Ernesto y Paulina. De mucho tiempo atrás estaban guardando con la solicitud del avaro cuantas monedas caían en sus manos, pues proyectaban hacer a Elenita un espléndido regalo; y esto era lo que motivaba sus discusiones y cuchicheos, porque todavía no habían podido ponerse de acuerdo acerca del objeto sobre el cual recaería la elección.

Ernesto quería regalarle un automóvil (huelga decir que era de juguete) que había visto expuesto durante muchos días en la vidriera de una tienda con su correspondiente rótulo en el cual se leía en letras muy grandes: *¡Verdadera ganga! Pesetas 15'25*; pero Paulina aseguraba que Elenita preferiría una muñeca, y precisamente en la tienda misma donde estaba expuesto el automóvil había visto una preciosísima, con cabello de verdad, que abría y cerraba los ojos como si fuera una niñita de carne y hueso, y que además tenía a su lado un cartel que decía: *Fabricada en Inglaterra*. Verdad es que ni Ernesto ni Paulina advertían la importancia que podía tener el hecho de que la muñeca hubiera sido fabricada en Inglaterra o en el Congo; les bastaba saber que la muñeca era preciosa y que Elenita sentiría una satisfacción inmensa al recibirla. Pero lo peor del caso era que el precio de la muñeca resultaba muy alto: ¡veinte pesetas y cincuenta céntimos! Y, por añadidura, la vendían desnudita, por lo que habría que hacer nuevos gastos para vestirla convenientemente.

Es cierto que, como decía Paulina con sobrada razón, no hacía falta recurrir a la modista para confeccionar los vestidos, porque ellos mismos podrían hacerlos; pero, aun suponiendo que su habilidad llegase a tanto, siempre resultaba que todas sus economías no llegaban a la cantidad necesaria para poder comprar el apetecido artículo, pues por más que contaron una y mil veces sus monedas de cobre, nunca pasaron éstas de diez pesetas y ochenta céntimos. ¡Claro! ¡Como que se necesita mucho tiempo para reunir una cantidad tan considerable, cuando no se cobra, como no cobraban ellos, más que veinticinco céntimos semanales cada uno! Ahora bien: para el día del cumpleaños sólo faltaba un domingo, y como diez pesetas y ochenta céntimos, agregados a otros cincuenta céntimos, no son más que once pesetas y treinta céntimos, fuerza era rendirse a la evidencia, no por desgraciada menos convincente, de que era imposible adquirir un objeto cuyo precio marcado ascendía a veinte pesetas y media.

El problema se presentaba difícil y de solución laboriosa, por no decir imposible, pero como los niños siempre dejan abierto en su corazón algún camino a la esperanza, el viernes anterior al cumpleaños, al regresar de la escuela a su casa, Ernesto y Paulina discutieron

por milésima vez el asunto, deseosos de encontrar algún medio de salir del atolladero.

—¿Pero no se te ocurre cosa alguna para que consigamos más dinero?—preguntaba Paulina.

—¡Ninguna! — contestó Ernesto moviendo tristemente la cabeza—. Muy bien sabes que en el jardín no queda ya ni un caracol; mamá nos los pagaba a veinticinco céntimos el ciento, y tanta prisa nos hemos dado para vendérselos, que no queda uno ni para remedio.

—¡Y yo he regalado ya a papá pajuelas de sobra para encender todos los cigarros que pueda fumar hasta el fin de sus días, según dice!—observó con acento compungido Paulina.

—¡Qué lástima!—dijo Ernesto—. ¡Pensar que si encontráramos antes de pasado mañana tres pesetas y noventa y cinco céntimos podríamos comprar el automóvil!

—¡Déjate de automóviles, Ernesto!—replicó Paulina—. ¿Quién piensa en semejante cosa?... ¡Mira, mira, Ernesto! ¿Qué es eso?

A lo lejos, contra un follaje de arbustos, al borde del camino, veíase un objeto cuyo color amarillento lo hacía resaltar sobre el verde oscuro que le servía de lecho, y ese objeto parecía ser una... pero ¡imposible! Paulina abrió desmesuradamente sus ojos azules... ¿sería una ilusión de su deseo? No; era una muñeca... no cabía duda... y una muñeca preciosa, una muñeca encantadora, muchísimo mejor que la de la tienda, y con la ventaja de que estaba elegantemente vestida.

—¡Pobrecita, pobrecita! — exclamó Paulina, alzando la muñeca que parecía completamente abandonada en medio del follaje, con sus ojos fijos en el firmamento—. Ernesto, ¿dónde tienes el paraguas? ¡Date prisa! ¡va a llover y sería una crueldad dejar que se mojase!

Densas nubes obscurecían el cielo; principiaba a lloviznar, en efecto, pero, afortunadamente, allí estaba Ernesto con su descomunal paraguas, que bastó para cobijar a los tres, mientras Paulina contemplaba afanosa la delicada muñeca que tan maravillosamente se les había aparecido. ¡Ah! era imposible existiera otra tan bella y encantadora... era imposible existiera otra cuya carita de cera tuviera expresión tan dulce. ¡Si hasta parecía que le tendía sus rígidos brazos como para agradecerle que la hubiera recogido sacándola del abandono en que se encontraba! Vestía con bastante elegancia, si bien su traje estaba un poco deteriorado, seguramente por haber permanecido mucho tiempo a la intemperie.

—¿Es posible que haya personas tan crueles que dejen abando-

nada en medio del bosque una criatura tan preciosa como ésta?—decía Paulina llena de indignación—. ¡Pobrecita! Mira, Ernesto, mira, ¡qué descuidadas tiene las manos! ¡Vamos a lavárselas! ¡Qué inhumanidad!

No era tan intensa la emoción de Ernesto como la de su hermanita, pero de todas suertes le interesaba la muñeca y procuraba tener el paraguas de manera que no se mojase, mientras Paulina arreglaba los rizos de su cabellera dorada y acariciaba amorosamente su delicada carita.

Ni uno ni otro hacían caso de la lluvia; lo único que absorbía su pensamiento era el feliz y maravilloso hallazgo.

—Ya tenemos el problema resuelto, Ernesto—dijo Paulina.

—¿Cómo?—preguntó éste con acento de sorpresa.

—Sencillamente, regalando a Elenita esta muñeca—replicó Paulina—. Nos quedan las diez pesetas con ochenta céntimos que gastaremos en vestidos nuevos para la muñeca.

—¿Es nuestra acaso?—preguntó Ernesto.

—¡Graciosa pregunta! ¿Pues no la hemos encontrado?

—¡Indudablemente; pero alguien la habrá perdido!—objetó Ernesto.

—Pues si alguien la ha perdido, si puede haber alguien tan descuidado que pierda un tesoro como éste—gritó Paulina en tono decidido—, es porque no merecía tenerla; ya está dicho. De todas maneras, ahora la tengo yo, es mía, y la guardaré hasta... el cumpleaños de Elenita.

Calló Ernesto, aunque a decir verdad, no lo convencían del todo las razones de su hermanita: por otra parte, ella no dejaba de tener razón hasta cierto punto, y de todos modos, tuvieran o no derecho a retenerla, el hallazgo venía a allanar sus dificultades, y quizá hasta sería posible emplear los ahorros en la compra del automóvil...

—¡Vaya, vámonos!—dijo jovialmente Paulina—. Ya no llueve: aprovechemos la oportunidad para entrar en nuestro cuarto sin que nos vea Elenita.

Pocas dificultades tuvieron que vencer para ver cumplido su deseo, porque su hermanita se encontraba en aquel momento en el cuarto de costura; y sin temor a miradas indiscretas pudieron esconder el tesoro en el rincón más oscuro de un armario.

Los pocos días que faltaban para la solemnidad transcurrieron para los dos en una excitación febril: Paulina, que sin más derecho que su voluntad soberana había asumido la dirección del asunto, seguía en sus trece, empeñada en gastar todo el dinero en her-

mosos vestidos para Araminta, nombre que, a propuesta suya y con la aprobación de Ernesto, se había dado a la muñeca.

El número más brillante de la fiesta, el que más excitada tenía a Elenita, por lo mismo que era la encargada de hacer los honores, era la recepción: estuvo inquieta todo el día, escribiendo invitaciones, tomando y dictando disposiciones y no descuidando nada de cuanto suele hacerse en esos casos. Como vivían en el campo, el círculo de sus relaciones era relativamente reducido, y la concurrencia no podía ser muy numerosa; pero Elenita obtuvo permiso para invitar a las dos niñas que vivían en la casita inmediata al río. Estas residían en el campo desde poco tiempo antes, y apenas si las conocía por haberlas saludado una que otra vez al paso, pero parecían muy amables y simpáticas, por cuya razón no costó gran trabajo a Elenita conseguir que su mamá le permitiese incluirlas en el número de los invitados.

Como todo llega en este mundo, amaneció el gran día del cumpleaños de Elenita: con la aurora, ésta saltó de la cama, pues su corazón rebosaba sensaciones agradables que ahuyentaban el sueño.

Corrió al balcón, abrió los postigos, y no pudo contener una exclamación de sorpresa al ver que todo el campo aparecía engalanado con pura vestidura de nieve, tan blanca como los pensamientos que llenaban su alma.

—¡Ernesto! ¡Paulina! — exclamó—. ¡Venid, daos prisa! ¡Qué hermosura!

Saltaron de la cama Paulina y Ernesto, precipitándose al balcón.

Los dos niños quedaron arrobados, extáticos, con los brazos extendidos y sin poder articular palabra ante la magnífica decoración que la Naturaleza ponía ante sus ojos. El panorama era realmente encantador. Al frente no se veía más que la quebrada llanura vasta, desierta, tenuemente iluminada por un sol débil, un sol pálido. La nieve había nivelado todos los caminos, a tal punto que resultaba imposible distinguirlos; los árboles semejabán jalones de blanca espuma puestos para indicar la dirección del mar, que no parecía sino una continuación de la bóveda celeste, puesta como el arco de un puente inmenso encima del hondo valle. Todos los colores del paisaje estaban reducidos a tres: gris y castaño en el cielo, blanco en la tierra, en los árboles y en las montañas.

—¡Como no vaya a agüársenos la fiesta!—murmuró Elenita, que se había quedado pensativa.

—¡Oh, no! no lo creo—dijo Paulina—. Verás cómo no tardan en venir los invitados.

—¡Con toda seguridad! — afirmó Ernesto—. Las que quizá no podrán venir serán las niñas de Ramos...

Eran estas niñas las que, desde poco tiempo antes, vivían en la casita situada en la orilla opuesta del río.

—Quiero creer que el tiempo no será tan malo que les impida venir—dijo Elenita—; eso sería para mí una verdadera contrariedad.

Hubo un momento de silencio que Elenita interrumpió vivamente diciendo:

—Voy a decir que me vistan, pues no podéis adivinar las ganas que tengo de ver los regalos que me han enviado... Estoy rabiando de curiosidad... con decir que casi no he podido dormir en toda la noche...

Los tres rogaron a la doncella que los vistiese inmediatamente, no obstante ser muy temprano todavía, y juntos entraron luego en el comedor, donde vieron una bandeja llena de paquetes de todas formas y dimensiones.

Los ojos de Elenita revelaron el júbilo inmenso que el montón de paquetes le causó, y, sin desatarlos, se puso a palparlos, preguntándose qué podrían contener.

—No sé cómo puedes tener tanta paciencia, Elenita—le dijo Paulina impaciente—. Si yo estuviera en tu lugar, ya los habría visto todos: pues qué, ¿hay más que traer un cuchillo, cortar las cuerdas y romper los papeles?

—Cada cual tiene sus gustos, querida — contestó Elenita—; yo prefiero observar, pensar, adivinar... ¡Oh! ¡Qué grande es éste! ¿Qué podrá ser? ¿A ver? ¡Toma! ¡Pues si lleva una inscripción que dice *De Paulina y Ernesto!* ¡Gracias, gracias, queriditos, cuánto os lo agradezco!

—¡Poco a poco!—objetó Ernesto dándose aires de personaje importante—. Todavía ignoras lo que es: mientras no lo sepas, no debes darnos las gracias.

—Lo dejaré para el último—dijo Elenita—, aunque tengo la seguridad de que va a gustarme muchísimo... ¡Mira, mira, mamá!—continuó, dirigiéndose a ésta, que en aquel momento acababa de entrar en la habitación—. ¡Mira cuántos regalos he recibido!

Principió a desatar los diferentes paquetes. Paulina y Ernesto seguían la operación con visibles muestras de interés. Apareció una caja de lujoso papel para cartas, regalo de Adelina; un álbum lleno de postales, del tío Jorge; una red para cazar mariposas, del tío Federico; un lindo elefante de chocolate, de Sarita; un costurero en-

cantador, de sus papás; cartas, tarjetas y objetos de toda clase, de sus primos.

Al fin llegó su turno al paquete misterioso. Elenita desató las muchas cuerdas que lo sujetaban, deshizo una porción de envoltorios de papel, y al ver el objeto que contenía, dió un grito de placer y de asombro.

— ¡Mira, mamá, mira! — exclamó—. ¡Y es el regalo de vosotros! — continuó, dirigiéndose a sus hermanitos—. ¡Es encantadora esta muñeca!

No se sorprendió menos la mamá. Había tenido ocasión de enterarse de lo que proyectaban hacer los niños, y había sabido que Paulina y Ernesto andaban muy apurados e indecisos acerca de la elección del regalo, pero, como en los últimos días no había oído decir nada, se había figurado que los niños no habían llegado a ponerse de acuerdo y habían desistido de llevar a cabo su proyecto.

Fijó sus miradas en Paulina y Ernesto sin poder explicarse cómo habían hecho éstos para comprar tan hermosa muñeca. Resistíase a creer que hubieran pedido dinero a alguien para comprarla, pero se inclinaba a pensar eso a pesar de todo. Ernesto no las tenía todas consigo; a cien leguas se advertía su intranquilidad y azoramiento; pero Paulina, aunque sus mejillas ostentaban un subido color carmín, revelaba una alegría pura e intensa, mientras, anhelante, ponía ante los asombrados ojos de Elenita los vestidos de repuesto pertenecientes al ajuar de la muñeca, que estaban en un paquetito separado.

— Como ves, Elenita — decía —, éstos son los vestidos de calle, ésta la sombrilla, éste el sombrero, ésta la falda; ¿verdad que son muy lindos?

— ¡No he visto en mi vida nada más encantador! — exclamó Elenita llena de entusiasmo.

Tan contenta se mostraba Elenita, que Ernesto principió a tranquilizarse. Creyó que una cosa que tanto agradaba a su hermanita, una cosa que tan feliz la hacía, no podía ser mala. La mamá parecía un poquito seria, pero no hizo entonces pregunta alguna, reservándolas para cuando Elenita no estuviese presente.

Pasó la mañana sin sentir, y esto no es de extrañar, porque en realidad no faltaron ocupaciones de importancia. Hubo que examinar cuidadosamente, y con el detenimiento debido, todos los regalos, y revolver de arriba abajo y colocar nuevamente en su sitio los diferentes objetos que contenía el costurero, y poner en el nuevo álbum las postales que ya tenía Elenita; y, sobre todo y eso fué lo más

importante, hubo que vestir y desnudar a Araminta, lavarla, asearla, acostarla en la cama, y esto no una, sino muchísimas veces. En una de ellas, Elenita hizo la alarmante observación siguiente:

—¡Cualquiera diría que esta muñeca no parece completamente nueva! Pero, de todas maneras, es seguro que no existe otra tan hermosa.

Paulina miró a Ernesto, y los dos se pusieron como la grana. Poco después se notó que uno de los dedos del pie estaba roto, detalle que hasta entonces había escapado a las miradas de Paulina. Esto no obstante, ni remotamente se le ocurrió pensar a Elenita que aquel tesoro no había llegado directamente de la tienda a sus manos, y si alguna vez se preguntó admirada de dónde habrían podido sacar sus hermanitos el dinero necesario para hacerle un regalo tan espléndido, supuso que habrían recurrido a algún medio ingenioso que realmente no alcanzaba a penetrar, y sobre el que los interrogaría andando el tiempo.

Después de comer, los niños, que querían estar preparados para la fiesta, pidieron que se les vistiese inmediatamente, y no dieron punto de reposo a la camarera hasta ver cumplido su deseo. Esta creyó que darles gusto sería el único medio de tenerlos quietos, y los hechos le dieron la razón, porque los niños, una vez engalanados con sus mejores ropas, se sentaron junto a la estufa en el salón, por lo menos media hora antes de la señalada para la llegada de los invitados.

El tiempo estaba muy frío, y la nieve seguía cayendo en espesos copos.

—Mucho me temo que no puedan asistir las niñas de Ramos— dijo Paulina.

—Pues yo creo que no faltarán — contestó Elenita—. ¡Oh, qué hermosa es Araminta! ¿Veis qué preciosa está?

Araminta estaba en medio de todos los regalos recibidos en aquel día, dispuestos en una mesa especial colocada con ese objeto en un ángulo de la pieza. Sin duda alguna, entre todos los regalos, y los había preciosos, ése era el que más atraía las miradas.

En aquel momento llamaron a la puerta de calle: los aldabonazos despertaron ecos de simpatía en el corazón de los niños, y de una manera especial en el de Elenita. Alguien acababa de llegar, seguramente. Prestaron atención; no tardó en herir sus oídos el rumor de los pasos del que entraba; percibieron claramente cómo el recién llegado frotaba sus zapatos en la estera colocada al pie de la

escalera y cómo subía aprisa los peldaños cual si estuviera impaciente por presentar su regalo.

Sonaron otros aldabonazos, y luego otros y otros, hasta el punto de que muy pronto las visitas empezaron a llegar sin interrupción. Todas se encaminaban directamente hacia Elenita, llevando en sus manos paquetes que se apresuraban a poner en las de la festejada, diciendo:

—¡Millones de felicidades y por muchos años!

Tan excitada estaba Elenita, que no sabía qué hacer: recibía los paquetes, los desenvolvía y colocaba el objeto regalado en la mesa preparada para eso. Las visitas se agrupaban en torno de la mesa admirando los regalos, ponderando el gusto de los donantes y deshaciéndose en cumplidos.

La animación había llegado a su apogeo cuando entró en el salón la mamá de Elenita, y dijo:

—¿Están ya todos? En tal caso, pueden pasar al comedor y dar comienzo a la merienda, cuyos honores corresponden hoy a Elenita.

—¡Mamá!—se apresuró ésta a decirle al oído—, ¡no han llegado todavía las niñas de Ramos! ¡Si fueras tan complaciente que nos permitieras esperar unos minutos!

Precisamente en ese momento sonaron nuevos aldabonazos en la puerta. Elenita salió corriendo a la del salón para recibir a sus amigas.

—Mil perdones si hemos llegado algo tarde — entró diciendo la mayor de las niñas de Ramos, que se llamaba Dorotea—, pero nos hemos tardado por causas ajenas a nuestra voluntad. Hemos tenido no pocas dificultades para venir, pues el puente está roto.

—¡Dios mío!—exclamó Elenita—. ¡Han tenido que cruzar el río a nado! ¿Saben, pues, nadar?

—¡Oh!—exclamó Adela, que era la hermana menor—. ¿Con el tiempo que está haciendo? ¿Nevando como nieva? ¡Uf! ¡No, no, muchas gracias!

—Nos ha pasado Tomasito, el hijo del hortelano—dijo Dorotea—. ¿Verdad que ha sido muy amable?

—¡Y que estaba entonces como para cargarnos sobre sus espaldas!—añadió Adela—. Como que venía del mercado y llevaba a cuestas una infinidad de paquetes grandes y chicos... ¡Si hubierais visto! No os podéis figurar nada más gracioso.

Mientras hablaban de esta suerte, habían subido la escalera y abandonado sus capas mojadas y llenas de nieve, para entrar luego en el salón. No tuvieron tiempo de examinar la mesa donde estaban

los regalos, pues no bien llegaron tuvieron que pasar al comedor para dar comienzo a la merienda.

La mesa estaba admirablemente servida y adornada: brillaban los cubiertos reservados para las grandes fiestas, y en el centro, rodeado de delicadas flores, se alzaba un pastel enorme revestido de una hermosa capa blanca, semejante a la que engalanaba los campos en aquel momento, y coronado por una figurita primorosamente hecha. Ricos candelabros de plata hacían guardia a las golosinas, difundiendo una luz suave que iba a quebrarse en las finas copas de inmaculado cristal. Los niños, sin embargo, no se fijaron tanto en esos detalles como en el pastel que desde el primer momento atrajo todas las miradas y excitó los deseos de todos los comensales.

Elenita hizo los honores de una manera admirable: tuvo frases ocurrentes para todos, se multiplicó y excedió a sí misma prodigando atenciones, obsequios y palabras que revelaban su profundo agradecimiento; en una palabra, la merienda fué una verdadera fiesta. Dorotea y Adela dieron pruebas de ser dos niñas agradabilísimas, y Paulina hizo muy estrecha relación con ellas.

—¡Qué suerte la de Elenita!—dijo Paulina—. ¿No te parece?

—¿Por qué?—preguntó Adela.

—Por los regalos que ha recibido...—replicó Paulina—. ¡Ah! olvidaba que no los has visto todavía. Pronto los verás; cuando volvamos al salón. Están colocados sobre una mesa, y no creas que exagero, pero te aseguro, y no tardarás en convencerte de ello por ti misma, que la mesa está llena, completamente llena de preciosidades.

—¿Cuál es el más bonito?—preguntó Adela.

—¡Oh!—interrumpió Catalina Palma desde el extremo opuesto de la mesa—, el más bonito es, sin disputa, Araminta. Lo digo yo porque ya comprenderéis que Paulina no podría decirlo sin exponerse a pasar por vanidosa; ¡como que es el regalo que le ha hecho ella a Elenita!

—¿Es alguna muñeca esa Araminta?—preguntó Dorotea.

—Sí—se apresuró a contestar Catalina—, pero una muñeca como seguramente no se ha visto otra. ¡No es posible que exista otra tan encantadora, con su hermosa cabellera rubia como el oro, y su expresión de dulzura!... ¿Cuántas muñecas tienes tú?

—Yo tengo cinco—contestó.

Las mejillas de Adela tomaron subido color carmín, apagóse el brillo de sus ojos y su cabeza se dobló sobre el pecho.

—¿Qué otros regalos ha recibido Elenita?—se apresuró a pregun-

tar Dorotea, revelando con su apresuramiento el deseo de variar de conversación.

Y en seguida, inclinándose hacia Catalina, le dijo al oído:

—Hace uno o dos días Adela perdió la muñeca que más quería, y le causa tanta pena oír hablar de ellas, que creo que le haremos un favor variando de conversación.

Catalina dirigió miradas de asombro a la niña que tanto se afligía por la pérdida de una muñeca, pero se prestó gustosa a dar por terminado el tema de las muñecas, emprendiendo otra conversación no menos animada, que continuó hasta que llegó el momento de volver al salón.

La curiosidad llevó inmediatamente a Dorotea y a Adela junto a la mesa de los regalos.

Sin proferir palabra, tan intensa era su admiración, estaban contemplando aquel cúmulo de objetos bonitos cuando de pronto Adela, volviéndose hacia Dorotea, exclamó, señalando con su dedo a Araminta que, sentada en el lugar preferente, sonreía a toda la concurrencia con su delicada carita:

—¡Mira, mira, Dorotea!... ¡Si creo que es... sí, sí... por fuerza debe ser Panchita!

Estas palabras cayeron como una bomba en la reunión. La conmoción que causaron fué inmensa: todos corrían, todos se apiñaban, todos menudeaban las preguntas, nadie se entendía; Elenita y Adela apenas si podían contener las lágrimas que asomaban ya a sus ojos, y todo hacía temer que la fiesta tuviera un final bastante desagradable.

—No es posible que sea tuya—decía en tono convencido Elenita—. No, no puede ser tuya, puesto que es mía y muy mía. Hoy, hoy mismo, esta mañana, me la han regalado Paulina y Ernesto.

—Pues es exactamente como Panchita — replicaba Adela con no menos calor—. Es igual, y no puede haber dos tan iguales, no... los mismos vestidos, el mismo cabello, todo lo mismo. ¡Es Panchita, sí, es la Panchita que yo he perdido; sí, sí, la conozco muy bien, es Panchita!

Entró en aquel momento la mamá de Elenita y dió comienzo a las averiguaciones.

—¿En qué te fundas para decir que es tuya, Adela?—preguntó—. ¿Hay alguna señal particular por la que puedas decir que ésta es la misma muñeca que tú has perdido?

—Tiene roto uno de los dedos del pie, y además, un rasguño bas-

tante grande detrás de la oreja derecha—contestó Adela sin la menor vacilación.

Sometióse a Araminta a un examen escrupuloso, que dió por resultado el convencimiento de que, efectivamente, esa muñeca tenía las dos señas indicadas.

—Las señas no pueden ser más ciertas—dijo la mamá—, y esto aumenta mi confusión. El asunto se presenta embrollado y misterioso por demás. Sin duda los tenderos encontraron perdida la muñeca y la vendieron luego a Paulina y Ernesto. Vamos a ver: ¿en qué tienda la compraste, Paulina?

Paulina, muy abatida desde los comienzos del incidente, al oír la pregunta de su mamá, rompió a llorar. No tardó en averiguarse todo. Cómo Paulina y Ernesto habían encontrado la muñeca que Adela Ramos había dejado solita un momento, «un minuto escasamente» según la misma interesada; y cómo «al volver por ella, Panchita ya no estaba»; cómo la buscó luego afanosa, no dejando sin escudriñar ni un palmo de terreno. En una palabra, aunque costó no poco trabajo, muchas razones y bastante tiempo, la mamá pudo desenredar al fin el asunto y darse cuenta cabal de todo lo ocurrido.

Era evidente que Araminta o Panchita, pues éste era en realidad su nombre, tenía que ser devuelta a su verdadera propietaria; pero la mamá consoló a Elenita prometiéndole como compensación la muñeca más hermosa que se encontrase en la tienda.

También hubo necesidad de animar y consolar a Paulina y a Ernesto. La mamá les aseguró que su acción era censurable. Pues es claro que habrían debido tomarse la molestia de averiguar quién había perdido esa muñeca, pero, sin embargo, aunque no lo habían hecho, su falta no era grande, porque nunca habían pensado retener ese objeto contra la voluntad de su dueño.

Adela y Dorotea demostraron gran alegría al recobrar el tesoro perdido, e hicieron muy lindos regalos a Elenita, quien no tardó en consolarse de la pérdida de Araminta.

En resumen, la fiesta del cumpleaños, que por un momento había estado a punto de terminar ahogada en lágrimas, continuó después de esa nubecilla, con tiempo bonancible, y tuvo un final tan agradable, que en muchos años no se borró de la memoria de los que a ella concurren.

LOS DOS GATITOS

Diversas y encontradas fueron las opiniones, cuando por vez primera los dos gatitos se presentaron en escena.

Dijo el papá que eran dos gatitos muy monos, que crecerían con el tiempo convirtiéndose en dos hermosos gatazos. La mamá fué de parecer de que esos animalitos lo echarían todo a perder. Cristóbal dijo que le parecían *muy decentes*. Perico, que no le disgustaban, pero que para la casa bastaba uno solo. Emilio, enemigo declarado de los gatos, pidió que los echaran a la calle; pero Margarita, que cree que los gatos son los seres más preciosos y delicados de la creación, decidió convertirse en su protectora especial, para velar por ellos, cuidarlos y atenderlos en todo.

Preciso es confesar que, en los primeros días, la existencia de los dos gatitos no fué muy agradable, porque no se les concedía un momento de reposo; a todas horas se les sacaba del cestito que les servía de lecho para besarlos, acariciarlos, zarandearlos de una parte a otra, y mostrarlos a todas las visitas: en una palabra, los infelices no sabían ya ni dónde se encontraban. Sin embargo, como eran muy pequeñitos, en rigor no podían quejarse de su suerte; y, por otra parte, Margarita los mimaba mucho y se mostraba con ellos muy complaciente, sobre todo desde que vió que no les desagradaba salir a pasear en el cochecito con la muñeca, ni ser ataviados con los vestidos de ésta.

A medida que iban creciendo, y que podían correr por la casa sin peligro de caer a cada paso, fueron haciéndose más independientes. Pusiéronles por nombres Minino Número Uno y Minino Número Dos, y a decir verdad, esa denominación les cuadraba a maravilla. Amigos verdaderos, muy de tarde en tarde reñían, si riñas pueden llamarse a sus peleas de escasa importancia en las que nunca llegaban a lastimarse seriamente. Número Uno era más grande que Número Dos, y siempre rompía la marcha... generalmente para cometer alguna diablura; y Número Dos, si bien es cierto que jamás tomaba la iniciativa, lo seguía siempre sin hacerse rogar.

Un día los dos se quedaron en la habitación de Margarita. Número Uno, después de dar vueltas hasta cansarse alrededor de su cola sin lograr alcanzarla y de hacer unas cuantas tentativas inútiles para reñir, bien que de mentirijillas con Número Dos, tuvo una idea luminosa.

Encaminóse a la puerta, y con gran alegría de su parte vió que estaba abierta. Sin vacilar un instante, resolvió hacer un viaje de exploración. Claro está que Número Dos no iba a quedar solo en la habitación; así que, sin necesidad de grandes instancias, siguió a Número Uno, aunque, a decir verdad, no se sentía completamente tranquilo, por ser aquella la primera vez que salían de la habitación para bajar la escalera. No resultaba empresa muy sencilla bajarla, pero ellos se amañaron para hacerlo con felicidad, si bien Número Dos, al llegar al penúltimo peldaño, resbaló y cayó rodando sin aliento y con el susto consiguiente.

Levantóse, sin embargo, con presteza, y siguió a Número Uno, cuya cola acababa de desaparecer por una puerta. Una vez dentro de la habitación, advirtió que jamás había estado en ella, y vió a Número Uno de pie en medio de la alfombra, dirigiendo miradas de asombro en torno suyo.

—¿Dónde estamos?—preguntó Número Dos con una voz que semejaba un susurro.

—A mi entender, en el escritorio—contestó Número Uno.

—¿No te parece que debemos irnos?—continuó Número Dos.

—¡No!—replicó en tono decidido Número Uno, que por nada del mundo habría confesado a su hermano que no las tenía todas consigo.

Principiaron por explorar minuciosamente la habitación. Una vez hecho esto, arañaron los libros bajos de la biblioteca, jugaron a la pelota con la cajita de los sellos, persiguiéronse y saltaron por entre las colgaduras, encontraron unas zapatillas preciosas con las cuales hicieron mil diabluras, y cuando se cansaron de jugar convinieron en que la expedición no podía haber sido más feliz. Luego Número Uno manifestó su resolución de hacer un poquito de gimnasia, convencido de que, si se subían sobre una silla, una mesa o cualquier otro objeto elevado, verían algo interesante.

Como de costumbre, Número Dos se manifestó indeciso, y como de costumbre, Número Uno tomó la iniciativa poniéndose a inspeccionar las sillas para encontrar el punto por donde se las pudiera asaltar más fácilmente. Pero, en su mayor parte, se prestaban poco para el asalto, por tener muy largos y pulidos los pies y porque los asientos estaban a una altura superior a la de la cabeza de un gato. A fuerza de buscar, Número Uno pudo dar con una silla de otra forma, una silla baja, con brazos, y no de madera, sino forrada toda de paño: es decir, una silla que parecía hecha de encargo para ensayar en ella la fuerza de las uñas. No bien Número Uno se encontró

instalado en esa butaca, asomó la cabeza por encima de uno de los brazos, y llamó a Número Dos para que fuera a hacerle compañía.

Pero Número Uno no se dió por satisfecho. Comprendió que no sería empresa muy arriesgada pasar de los brazos a lo alto del respaldo, y a pesar de los maullidos que el temor arrancó a su hermano, se empeñó en conquistar intrépidamente nuevos mundos. Un chillido de alegría seguido de una exclamación de sorpresa disipó los temores de Número Dos, y momentos después ambos mininos formaban un gracioso remate de la butaca.

—¡Oh!—exclamó Número Dos maravillado.

—¿Verdad que es admirable?—dijo Número Uno—. ¿No te felicitas por haberme seguido?

—¡Sí!—contestó Número Dos—, pero yo creí que esto sería más espacioso.

—¡Mira!—dijo Número Uno de improviso, tan de improviso, que Número Dos quiso dar un paso atrás, y por poco midió con su cuerpo la altura del respaldo de la butaca.

Cuando se hubo repuesto del susto, pudo fijar su atención en lo que su hermano estaba mirando. La butaca estaba muy cerca de una mesa sobre la cual había algunos objetos muy raros, completamente nuevos para los gátitos. Una parte de ellos cubría un tablero muy caprichoso dividido en cuadros rojos y amarillos, mientras otros se apiñaban en confuso montón a uno y otro lado de ese tablero.

—¿Qué son?—preguntó en voz baja Número Dos.

—¡Yo qué sé!—contestó Número Uno.

—¿Serán ratones?—se aventuró a preguntar tímidamente Número Dos.

—¡No lo creo!—respondió Número Uno—. ¡No corren ni hacen el menor ruido!

—¡Acaso sean muñequitas!—insinuó Número Dos.

—Lo mejor es ir a verlo—dijo Número Uno, después de examinarlos de lejos un buen rato—. Así saldremos de dudas.

—Sí, pero... ¿cómo?—preguntó Número Dos—. ¡Allá no se puede trepar!

—¡Voy a dar un salto!—anunció Número Uno—. ¡No está muy lejos

Efectivamente, no estaba lejos, porque el respaldo de la butaca estaba casi pegado a la mesa. Fué aquél un momento altamente impresionante. Número Uno pasó cautelosamente al borde del respaldo, con los ojos fijos en los objetos blancos y negros de la mesa; midió la distancia, y reuniendo todo su valor, dió el salto. Siguió una pausa.

Número Dos esperaba que aquellos seres singulares se precipitaran en masa sobre su temerario hermanito... pero no fué así, porque todos continuaron en sus puestos tan tranquilos como antes.

Número Uno alargó una zarpa y tocó delicadamente una de aquellas cosas... que no se movió: la quiso acariciar y cayó rodando, pero nada más. Entonces llamó a su hermano.

—Ven acá; no están vivos; son de madera.

Jamás hubiera creído Número Dos que era posible dar un salto tan tremendo como el que tenía en perspectiva, pero comprendió que algo había que arriesgar, y, cerrando los ojos, antes que tuviera tiempo de pensarlo, se encontró sobre la pulida y resbaladiza superficie, junto a los objetos que tan raros le parecían. Precisamente cayó a un lado del tablero de los cuadros caprichosos; Número Uno ocupaba el lado opuesto, y entre uno y otro se erguían seis o siete figuras dispuestas, según todas las apariencias, a emprender la marcha de un momento a otro.

Número Uno parecía completamente tranquilo, disipado ya por completo el leve recelo que en los primeros momentos le había escarabajado el cuerpo.

—¡Adelante, tonto! — dijo riendo a Número Dos—. ¡No tengas miedo! ¡Toca uno y te convencerás!

Alzó Número Dos la patita, y casi se había decidido ya a hacer la prueba, cuando se abrió la puerta del despacho, y oyeron decir:

—¡Mamá, mamá, ven a verlos! ¡Están jugando una partida de ajedrez! ¿Has visto nunca encanto semejante?

La que pronunciaba estas palabras era Margarita, que había subido a su cuarto para acariciar a sus mimados gatitos, y que, no encontrándoles allí, andaba buscándolos por toda la casa.

Decir que los besó, mimó y acarició, que los llamó mininos malos, pícaros y traviesos, y que luego los abrazó, zarandeó y besó otra vez, sería repetir lo que indudablemente habrán comprendido todos. Y después de eso los volvió a llevar a su cuarto. Número Uno, lejos de estar arrepentido de su aventura, resolvió aprovechar la primera oportunidad para hacer otro viaje de exploración.

—Ya ves—decía momentos después a Número Dos—, ya ves cómo nada malo nos podía ocurrir: ¡eran piezas de ajedrez!

No pasaron muchos días sin que corriesen otra aventura; pero ésta tuvo consecuencias desagradables. Habían regalado a Cristóbal, el día de su cumpleaños, unos pececitos que parecían de oro, y el obsequiado los había puesto en una hermosa pecera de cristal, en el cuarto de su hermanita. Los dos gatitos habían recibido órdenes

muy severas para que ni en sueños se aproximasen a tan hermosos animalitos, y la prevención de que incurrirían en graves castigos si desobedecían esas órdenes.

El conocimiento de tan rígidas ordenanzas parece que hizo en ellos profunda impresión, porque por mucho tiempo se guardaron bien de acercarse siquiera a la pecera que servía de morada a tan encantadores seres. Pero hay que hacer justicia a nuestros gatitos, pues si un buen día infringieron lo dispuesto, nadie más que el mismo Cristóbal tuvo la culpa.

Ocurriósele a éste la diabólica idea de poner a los dos gatitos dentro de un viejo sombrero de paja de su papá para arrastrarlos de una a otra parte de la mesa, como si el sombrero fuese una barca. Este juego no resultó muy del agrado de los gatitos, que bien a las claras demostraron su alegría cuando Cristóbal y Margarita los dejaron en paz para bajar al salón, donde acababan de entrar visitas.

Los dos mininos se quedaron casi pegados a la pecera que servía de habitación a los pececillos de oro.

Un buen rato estuvieron contemplándolos sin proferir palabra; a tal punto excitaban su admiración esos animalitos. Al fin, Número Uno dijo:

—¿Verdad que son curiosos?

—Sí—contestó Número Dos.

—Lo que más me llama la atención es que estén dando vueltas y más vueltas sin descansar un momento—continuó Número Uno.

—Lo mismo me ocurre a mí—dijo Número Dos.

—¡Por fuerza ha de ser muy fastidioso!—dijo Número Uno.

—Así lo creo—respondió Número Dos.

Sobrevino una pausa, durante la cual los gatitos no separaron sus anhelantes ojos de la pecera. Pero los ocupantes de ésta no se dieron cuenta de la observación de que eran objeto, pues continuaron nadando como si su vida dependiera de cruzar una y mil veces aquellas aguas transparentes.

—No puedo aguantar más—exclamó de pronto Número Uno—, me están mareando con tantas vueltas.

—Y a mí también—contestó Número Dos—; pero, ¿qué podemos hacer?

—¿Qué podemos hacer, dices? ¡Me gusta la pregunta! ¡Ahora verás!

—¡Cuidadito con lo que haces!—insinuó Número Dos—. Ya sabes lo que nos han prevenido.

—No tengas miedo: ¿acaso soy algún necio?

Diciendo estas palabras Número Uno se acercó a la pecera: los pececillos continuaban dando vueltas como si tal cosa.

Pegó su nariz al cristal, y dijo en voz muy clara:

—¡Háganme el favor de pararse un momento!

Los pececillos siguieron nadando sin detenerse ni un segundo.

Número Uno principió a amoscarse entonces. Repitió la misma intimación desde distintos sitios, y cada vez en voz más alta... ¡Tiempo perdido!

Número Dos seguía todos los movimientos de su hermano con interés tan intenso que casi no podía respirar. Los pececillos continuaban sus evoluciones sin hacer caso de los gatitos.

Número Uno golpeó entonces las paredes de la pecera con su zarpa, y esto fué más eficaz... ¡ya era hora! Los pececillos se dieron cuenta de la intimación, pero ésta sólo sirvió para que apresurasen más aún sus movimientos.

—¡Esto no se puede sufrir!—gritó encolerizado Número Uno.

—¡Cierto! —contestó Número Dos—, el remedio ha agravado el mal.

—¿Piensan burlarse de mí, acaso?—dijo Número Uno, alzándose sobre sus patas traseras para colocar las manos en el borde de la pecera y mirar al fondo—. ¡Oh!—exclamó—. ¡Ven acá! ¡Mira, mira! Vistos desde aquí no son como antes.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo Número Dos a su lado, asomándose como él a la pecera.

—¡Nunca lo hubiera creído!—dijo admirado.

—La verdad es que...—principió diciendo Número Uno.

—¿Qué?—interrumpió su compañero.

—Que sería muy gracioso coger uno.

—¡Oh!—exclamó Número Dos con entonación de asombro.

—Unos minutos nada más, ¿sabes?—continuó diciendo Número Uno—. Luego lo volveríamos a poner en su casa.

—Siendo así...—replicó Número Dos—, no creo que haya en ello ningún mal.

—¡Nada, nada! ¡Vamos a probarlo!—dijo Número Uno con decisión—. ¡Creo que alcanzaré!

Dicho esto, alargó su zarpa, pero la retiró en seguida.

—¡Caramba! ¡Si es agua!—exclamó con un mohín de disgusto.

—¿De veras?—dijo riendo Número Dos.

No era Número Uno de los que se arredran ante cualquier inconveniente. Probó otra vez... Entonces no le cupo duda de que los

pececillos se habían enterado de su presencia y acaso de sus intenciones, pues nadaban con furia loca, llenos de alarma y en horrible confusión. Número Uno menudeaba sus zarpazos empeñado en atrapar alguno... pero la cosa no era fácil; fracasaban sus esfuerzos ante la rapidez vertiginosa de los nadadores... Al fin, Número Dos, después de algunos momentos de vacilación, tomó parte activa en el juego.

La partida fué empeñadísima y muy divertida; los gatitos se trasladaban de una parte a otra menudeando zarpazos sobre los pobres pececillos dorados. Una o dos veces se inclinó la pecera, y al fin Número Uno tendió su garra con más energía de lo ordinario, y el recipiente se volcó. Los gatitos huyeron al sentir en sus lomos el chaparrón y los pececillos quedaron dando boqueadas sobre la mesa, y la pecera rodó y rodó, hasta llegar al borde de aquélla, y acabó por caer al suelo produciendo el estrépito consiguiente y haciéndose añicos.

Oyó Margarita el ruido y subió corriendo. Se dió cuenta de lo ocurrido y llamó a Cristóbal. Sin perder un momento colocaron los pececillos en una vasija de agua y pudieron salvarlos; pero en cuanto a los gatitos.... ¡ni rastro!

Margarita comprendió al punto quiénes habían sido los culpables y quiso buscarlos antes que otra persona más severa los cogiese y les administrase el castigo a que se habían hecho acreedores; pero pasó mucho rato antes que lograse dar con ellos.

Al fin los encontró, mojados, tristes y llenos de miedo, en el rincón más obscuro del cuarto de los baúles. Los tomó en sus brazos y los llevó a su cuarto, donde les secó la piel y los reprendió muy seriamente. Naturalmente, los muy pillos lamentaban lo ocurrido, pero como Margarita les dijo que lo hecho ya no tenía remedio y que no valía la pena deplorar lo que no era posible deshacer, pronto se disipó su temor.

Desgraciadamente la mamá no fué de esta opinión. En cuanto tuvo conocimiento de lo sucedido, afirmó rotundamente que los gatitos no podían continuar en la casa. En vano intentó salvarlos Margarita; la mamá se mostró inflexible. Por otra parte, la misma Margarita tuvo que convencerse de la conveniencia de despedirlos antes que cometiesen alguna fechoría de consecuencias más funestas. Daba la coincidencia de que dos familias amigas estaban deseando tener cada una un gatito, y Número Uno pasó a ser propiedad de la una y Número Dos de la otra.

Aunque las casas en que entraron eran buenas, no fueron tan

mimados y agasajados como en la que habían tenido que dejar, de modo que nunca recordaban la aventura de la pecera sin lamentar amargamente las consecuencias desagradables que había tenido para ellos.

LOS DOS DESEOS

—¡Está el día horriblemente triste!—decía en tono compungido un oseño blanco—. ¡Hoy va a ocurrir algo muy grande!

—¡Válgame mi abuelo!—contestó la osa, su mamá—. ¿Qué quieres que ocurra, muchacho? ¿Puedes quejarte del lugar en que vivimos?

—¡Siempre lo mismo! ¡todo lo mismo! — refunfuñaba el oseño—. ¡Nieve y hielo, hielo y nieve! ¡Todo blanco y azul! ¡Me fastidio soberanamente!

—¿Habrase visto muchacho más descontentadizo?—replicó la osa—. ¿Acaso no disfrutamos aquí de infinidad de distracciones? ¿No significan nada para ti las emociones que la caza de focas proporciona y la alegría de saborear sus apetitosas carnes? Y las auroras boreales, ¿tampoco tienen encantos a tus ojos? Y el vapor que avanza rompiendo los hielos, y los hombres que caminan sobre la sólida superficie azulada, llevando en sus manos enormes bastones, ¿tampoco bastan para disipar tu aburrimiento? En verdad que eres bastante descontentadizo.

—Todo eso es muy bonito mientras dura—replicó el oseño—, pero ha pasado hace ya mucho tiempo, y no ha vuelto a repetirse.

—¡Y maldita la falta que hace que se repita!—dijo en tono airado la vieja osa—. ¡Ea! Basta de gruñidos, y a buscar qué comer, pues de lo contrario, hoy será para ti un día de ayuno riguroso.

El oseño se alejó muy cachazudo, gruñendo y refunfuñando: «Pase, pensaba para sus adentros, que vivan en lugar tan cargante y aburrido, en un sitio que apenas si ofrece espacio para pasear, los viejos como mi mamá; pero yo soy joven, y necesito hacer una vida más agitada, necesito algo más grandioso que la nieve y el hielo, necesito hablar con alguien que no sean las sempiternas zorras árticas y los osos blancos.» Luego se recostó junto a un agujero donde husmeó a una foca, y allí se quedó esperando con la paciencia del que se promete una buena comida; pero, o lo engañó su olfato, o fué

visto por la foca, porque ésta no tuvo la complacencia de salir para dejarse cazar.

Cuando menos lo esperaba, llegó un albatros y se posó sobre un mogote de hielo que se alzaba precisamente delante de él. Sabía el oseño que el albatros es un viajero intrépido e incansable, y celebró infinito que se le ofreciese la oportunidad de entablar conversación con él. El albatros, como todos los que viajan mucho, rabiaba por hablar de sus aventuras y de cuanto había visto en los distintos lugares recorridos. No necesitó muchas instancias para dar comienzo a sus historias maravillosas, en las cuales mezcló cosas que no había visto jamás, y que sólo conocía de oídas; pero el oseño era completamente lego en esas materias, y tomó como bueno todo cuanto le dijo el albatros, en su incapacidad para discernir lo verdadero de lo falso.

La historia que le causó la impresión más profunda fué la que se refería a un lugar que el albatros denominó «desierto», lugar muy distante de aquel en que se encontraban (a decir verdad, el albatros no había estado nunca en él, y todas sus noticias se reducían a lo que de los picos de otras aves errantes había logrado recoger).

—El sol brilla refulgente el día entero—decía—, pero ¡qué sol! Sus rayos son tan ardientes que uno no sabe qué hacerse... pues ¡y los colores!... ¡Aquéllos sí que son colores ricos y maravillosos! Por supuesto, amiguito; ¡no sé por qué te digo esto, pues los que no han salido de estos lugares ni siquiera saben lo que es color!... Pues ¡y los árboles!...

—¿Árboles?—preguntó el oseño—. ¿Qué son árboles?

—¡Oh, querido, me había olvidado! —contestó el albatros con acento lastimero—. ¿No has visto nunca un árbol? ¿Será posible?

Hízole entonces una descripción vívida y elocuente de lo que son los árboles, descripción que, a decir verdad, resultó muy poco exacta, pues el pobre albatros tampoco había tenido nunca ocasión de ver un árbol; pero había oído hablar tanto de ellos que estaba convencido de que los conocía muy bien.

Mientras el Norte era testigo de esta interesante escena que se desarrollaba entre la nieve y el hielo, el desierto real, el desierto positivo, presenciaba otra que se asemejaba mucho a ésa.

Un camello joven, que había vivido en él todos los años de su vida, que a decir verdad no eran muchos, se quejaba a su mamá de lo aburrido de su existencia, hablándole en forma poco más o menos idéntica a la que había empleado el oseño blanco.

—Estoy ya hasta la punta de los pelos de tanto sol, de tanta are-

na ardiente, mamá—decía—. ¡Hace aquí tanto calor! ¡Cuánto daría por sentir un poquito de fresco! ¡Debe ser delicioso!

—No digas tonterías, hijo—respondió la mamá—. No sabes lo que hablas. Tu descontento me confunde, pues no lo comprendo. En cuanto a mí, como no me carguen demasiado, o me obliguen a caminar muy de prisa, estoy contenta. ¡Frío, dices! ¡Quiera el Cielo que no vuelva a conocerlo! Recuerdo que una vez me obligaron a ir a un lugar donde hacía frío, y creí dejar en él los huesos.

—¿Había hielo, mamá?—preguntó el hijo.

—¿Hielo? ¡Por fortuna, no! El frío era bastante intenso, pero no tanto que llegase a helar... Pero veo que vienen a ponerme la carga; conquese... andando, y aparta de tu insensata mollera semejantes sueños.

Separóse el camello joven, situándose junto a la charca, mientras cargaban a los camellos grandes.

El lugar era encantador, no obstante encontrarse en medio del desierto; era un oasis. Había allí una charca en cuyo derredor crecían palmeras cuyas ondulantes hojas reflejaban las tranquilas aguas, y algunas casitas que servían de albergue a los encargados de las caravanas durante los dos o tres días que daban descanso a los animales.

Fuera de eso no había más que arena, millas y millas de arena amarillenta, en toda la extensión que podía alcanzar la vista.

Hallábase sentado, pues, junto a la charca, nuestro camello, quejándose amargamente de su aburrida existencia, cuando vió delante de él la figura de un buitre enorme. Ahora bien; también el buitre es muy aficionado a los viajes, aunque no tanto como el albatros; pero, de todas maneras, el que nos ocupa había volado mucho y había visto más mundo que el joven camello.

Por lo pronto, había visto el mar, acerca del cual dió explicaciones que interesaron extraordinariamente a su oyente. Al principio, al camello no podía caberle en la cabeza la posibilidad de que hubiera tanta agua reunida en un solo lugar, pero el buitre le aseguró que el mar era muchísimo más grande que el desierto y que podía volar días y días si ver en torno suyo más que agua y siempre agua.

—¡Qué precioso debe ser! — exclamó entusiasmado el camello—. Prosigue, amigo, prosigue; te escucho con verdadero deleite. ¿Has visto hielo alguna vez?

Contento el buitre de tener un oyente tan atento, le refirió mil historias a cual más maravillosa, exactamente como había hecho el albatros con el oseznó blanco.

El camello joven escuchaba con atención cada vez más grande: el buitre, cuando hubo agotado su repertorio, continuó narrando lo que sabía por picho de otros.

—¿Hielo?—dijo—. Sí, amiguito, sí; sé lo que es hielo. Es... una materia muy curiosa... una cosa fría, azul y blanca. Un amigo mío me refirió que había visto lugares donde todo era hielo... millas y millas de hielo... todo azul, y verde, y blanco... y además montañas de hielo, montañas muy grandes, mucho más grandes que las de arena que por aquí se ven. A decir verdad, yo no las he visto nunca, pero tengo entendido que son preciosas sobre toda ponderación.

Y en esta forma continuó, hasta que fascinó de tal modo al camello con la idea de los fríos del Norte, que éste hubiera dado cualquier cosa por contemplar una región tan maravillosa.

Aquella misma noche, por obra de un poder misterioso, un poder que nadie ha podido explicar satisfactoriamente, se produjo un cambio curiosísimo: el oseño blanco se vió transportado al centro del desierto, y el camello joven fué a despertar en medio de un témpano de hielo flotante.

Como se comprenderá, el asombro de los encargados de la caravana fué inmenso cuando a la mañana siguiente encontraron en vez del camello un oso blanco bastante crecido. Llenos de espanto, los criados huyeron con la mayor rapidez posible de una fiera completamente desconocida para ellos.

El oseño blanco vió con profundo disgusto la marcha de la caravana: deseaba que alguien le diese algún dato acerca de la región en que se encontraba, y he ahí que desaparecían los únicos que hubieran podido satisfacer su curiosidad. Sólo quedó a su lado un pájaro enorme, de forma muy rara, que lo contemplaba con mucho interés: fuera de ése, ni un solo ser viviente alcanzaba su vista cuando se perdió el postrer vestigio de la caravana.

A medida que el sol se iba elevando, el oseño sentía con mayor fuerza sus efectos que redundaban en un calorillo muy molesto: quiso refrescarse zambulléndose en el agua, pero la charca era muy pequeña y poco profunda y el líquido excesivamente caliente, y por añadidura no vió ni rastros de focas con que satisfacer el hambre que ya principiaba a aguijonearlo. Salió de la charca y se tendió en el suelo para descabezar un sueñecito, pero se encontró con que la arena se le metía entre los pelos (hay que advertir que era muy pulcro y cuidadoso); quiso acicalarse lamiéndose, y volvió a guardar la lengua haciendo una mueca de disgusto que reveló claramente que el saborillo de la arena no era muy de su agrado.

El calor arreciaba cada vez más; el sol dejaba caer sus rayos abrasadores sobre la arena, caldeándola hasta lo indecible, cuando en el horizonte apareció una nube que fué hinchándose y agrandándose por momentos, y al mismo tiempo aproximándose: era una tormenta de arena. No tardó el pobre oseño blanco en verse en medio del remolino. ¡Pobrecillo! ¡Ojos, orejas, boca, todo lleno de arena, pero de una arena caliente, abrasadora, incandescente!

Dióse por perdido: creyó que su última hora había llegado, y pensó en su casa, en sus frescos y azulados hielos, en las inmensas regiones de eterna nieve, y deseó... ¡oh! deseó con ansia infinita volver allá otra vez. Sintió cómo recorría su piel una ráfaga de viento fresco, abrió los ojos y se encontró de nuevo en las regiones árticas.

¿Adónde había ido a parar en tanto el camello joven?

Estaba sobre un banco de hielo, rodeado por todas partes de profundas aguas azuladas, y sin ver por ningún lado más que nieve, pura nieve.

La luz, hasta entonces indecisa, se hizo más intensa, pero no había sol, porque aquélla era precisamente la época del invierno. Ante los asombrados ojos del camello aparecían témpanos flotantes que cambiaban de lugar incesantemente y de tiempo en tiempo enormes montañas, también de hielo, que chocaban y se despedazaban con estrépito ensordecedor en viaje rápido hacia el mar profundo. Seres de rara figura, que hasta entonces no había visto nunca, alzaban sus cabezas contemplándolo asombrados y zabulléndose después de satisfacer su curiosidad. Eran focas, tan admiradas de ver al camello como podía estarlo éste de ver a ellas.

El frío era horrible, muy horrible, y no llevaba trazas de moderarse. Esperaba el camello que no tardaría en salir el sol, cuyos rayos darían algún calor a sus ateridos miembros. No había una brizna de hierba en todo el contorno, y el camello principiaba a sentir los efectos del hambre. En torno suyo revoloteaban pájaros blancos, armando ruidosa algarabía de sorpresa al ver su extraña figura, y uno de los más grandes se posó delante de él y estuvo contemplándolo un buen rato con muestras de marcado interés.

El pobre camello se consideró perdido. Sentía un frío espantoso, y renunciaba ya a toda esperanza de recobrar el calor; sus patas perdieron por completo la sensibilidad, principió a dejarse dominar por la modorra que precede a la muerte, creyó llegada su última hora, y cerró los ojos, ya casi sin vista a causa de la espesa capa de nieve que los cubría.

Penetró en sus pulmones una ráfaga de aire caliente, y entonces

respiró con más libertad... Abrió los ojos... ¿sería un sueño?... Estaba junto a la charca; a su lado se alzaba la figura del buitre; a corta distancia se desperezaban los criados de la caravana haciendo los preparativos para la marcha que iban a reanudar en breve. Se encontraba otra vez en el desierto.

—¡Qué extraño!—dijo el albatros cuando el osezno polar terminó la historia de su aventura—. ¡Y lo cierto es que creí estar viendo un ser de figura muy rara en el lugar mismo en que te encuentras ahora!

—¡No acierto a comprenderlo!—exclamaba por su parte el buitre—. Cuando te fuiste tú, vino a substituirte un animal que jamás he visto. Será preciso preguntar al cocodrilo qué animal puede ser ése.

Tanto el osezno blanco como el camello quedaron curados por mucho tiempo de sus deseos de ver más mundo: la lección que habían recibido era de las que tardan en olvidarse.

LA PELOTA DE NIEVE

Para Alfredo el espectáculo resultó sencillamente espléndido. Cuando Emilia lo llamó desde el balcón y vió el jardín engalanado con una hermosa capa de nieve, no pudo contener un grito de júbilo. La mayor parte de los miembros de la familia se quejaban del frío y andaban tiritando, frotando sus narices de color manifestamente azulado y soplándose los dedos; pero, terminado el almuerzo, Alfredo y Emilia se empeñaron en ponerse los abrigos más gruesos para ir al jardín a jugar con la nieve.

Tratábase de la primera nevada verdaderamente digna de este nombre que habían visto en su vida, no muy larga, pues ni uno ni otro contaban con muchos años, y quisieron aprovecharla. Modelaron una estatua, construyeron un castillo, se apedrearon con pelotas de nieve, y cuando, infatigables en el juego, bajaron al campo y vieron que el estanque estaba completamente helado, su contento no tuvo límites.

Huelga decir que quisieron patinar, y huelga decir también que rodaron por la tersa superficie helada más de una vez; eso no les importó gran cosa, porque, advertidos de que todo el mundo cae una vez u otra, sabían que no iban a ser ellos una excepción de la regla.

Cuando regresaban a su casa encontraron la primera campanilla

blanca: viéronla tan hermosa y delicada, asomando su cabeza entre la nieve, que no se atrevieron a cortarla, sino que apresuraron su marcha para poner en conocimiento de la mamá el descubrimiento que acababan de hacer.

Vivían en la casa contigua un niño y una niña ya creciditos, por lo menos con relación a Alfredo y Emilia, que no escaseaban sus demostraciones de cariño a los vecinos. En varias ocasiones los acompañaron para enseñarles a patinar, y más de una vez el muchacho prestó sus patines a Alfredo. Enseñáronles asimismo a hacer grandes pelotas de nieve, pero tan duras que podían ser lanzadas a larga distancia sin romperse. Para Alfredo no existía delicia comparable a la de disparar pelotas de nieve: constantemente se le veía en el jardín lanzándolas sobre todos los que cruzaban el camino. Claro está que sólo apuntaba al sexo fuerte; según explicaba él mismo a su mamá, jamás disparaba sobre las señoras o caballeros de edad. Ordinariamente solían ser blanco de sus tiros los niños que salían de la escuela o los mancebos de las tiendas, y una que otra vez, muy raras, las niñas ya crecidas que se dirigían al colegio.

Un día vió pasar al muchacho del verdulero y pensó que ése sería blanco excelente para ensayar su puntería: una pelota de nieve, admirablemente dirigida, alcanzó al muchacho en la nuca llevándosele la gorra.

Alfredo soltó un grito de triunfo; pero, desgraciadamente, el muchacho del verdulero tenía aquel día un humor de todos los diablos, cosa que le ocurría con mucha frecuencia, y le hizo poquísima gracia ver su gorra rodando por el suelo. Enseñó a Alfredo el puño cerrado, le aseguró que *algún día se las pagaría*, y se alejó refunfuñando y barbotando maldiciones.

Alfredo refirió la aventura a su amiguito, el de la casa contigua, creyendo hacerle pasar un buen rato; pero con gran admiración suya, su vecino le dijo:

—Procura no ponerte al alcance de ese tunante; es muy vengativo y lo mejor sería no tener cuentas con él.

Alfredo no volvió a pensar en la aventura, pero no ocurrió lo mismo con el verdulero, que la tuvo muy presente. Uno o dos días después, iban Alfredo y Emilia tranquilamente a su casa, de regreso de la escuela, cargados de libros, cuando una pelota de nieve fué a dar con furia en pleno rostro al primero, haciéndolo rodar por el suelo. Emilia echó azoradas miradas en torno suyo, y alcanzó a ver al muchacho del verdulero corriendo calle arriba.

Con gran sorpresa suya, Alfredo seguía tendido en el suelo: se

inclinó sobre él, y su alarma no tuvo límites al observar que la cara sangraba copiosamente y que la mejilla tenía una profunda cortadura.

Afortunadamente salieron en aquel momento el niño y la niña de la casa vecina, y entre los tres reanimaron a Alfredo, recogieron sus libros desparramados por la calle, y se fueron a la casa para explicar lo que acababa de ocurrir. El niño vecino volvió a salir inmediatamente para reconocer la escena donde se había desarrollado el suceso; alzó del suelo los restos de la pelota de nieve que había herido a Alfredo, y la rompió. No se había engañado: en el centro encontró una piedra de tamaño más que regular.

—¡Qué indignidad!—exclamó—. ¡No me admira que haya cortado la mejilla a Alfredo! ¡Muy bien, señor verdulerito! ¡Nos veremos las caras!

Alfredo, cuya afición a los pelotazos de nieve había mitigado no poco el que había recibido en la cara, no manifestó gran contrariedad al verse obligado a guardar cama uno o dos días. Ni remotamente sospechó que la pelota había tenido un pedrusco como aditamento, pues el vecinito creyó prudente no decir palabra de eso y arreglar el asunto por sí mismo.

Continuó el frío, Alfredo no tardó en estar en disposición de salir a la calle, y es claro que una de sus primeras distracciones fué recibir la primera lección de patinaje. Fué ésta de lo más cómico que cabe imaginar, pues sus pies se empeñaban en ir por donde se les antojaba sin consideración al resto del cuerpo, o bien seguían una dirección diametralmente opuesta a la que su dueño deseaba, dando por resultado inmediato que éste se quedaba sentado en el hielo contra su voluntad.

Una o dos veces encontró Alfredo al muchacho del verdulero cabalgando en una jaca, que más de una vez se quedaba tiritando en la calle mientras su dueño disfrutaba de la lumbre en casa de algún amigo; pero no habló palabra del incidente del pelotazo. Emilia opinaba que sería conveniente poner la queja al verdulero, pero su mamá decidió que era preferible callar.

—Alfredo fué el que empezó—decía—; de modo que no hay motivo de queja.

—Es verdad, mamá—replicaba Emilia—, pero Alfredo lo hizo jugando, y aquel perverso, no.

—Es mejor no hablar más del incidente, hija; Alfredo no tardará en olvidarlo.

Así lo creía también el muchacho del verdulero, pero se equivocaba.

ba. El niño y la niña de la casa vecina tenían muy presente su mala acción y estaban resueltos a hacérsela pagar. Claro está que no pensaban tirarle una pelota de nieve con su correspondiente pedrusco; decía el niño, y decía muy bien, que esa hazaña era impropia de una persona honrada y decente; pero querían hacer comprender de alguna manera al muchacho del verdulero que no se podía gastar bromas tan pesadas sin correr el riesgo de recibir el castigo.

El estanque grande del campo se prestaba admirablemente para patinar, y Alfredo pasaba en él ratos deliciosísimos: alguna vez salvaba patinando sin auxilio de nadie hasta las tres cuartas partes del ancho, a veces giraba sobre sus pies muy contra su voluntad, acabando por caer y obligando a hacer lo propio a los que de cerca le seguían. Emilia no sabía patinar sola; pero gozaba indeciblemente cuando, cogidas sus manos a las de la niña y niño de la casa contigua, recorría el estanque en toda su longitud a una velocidad vertiginosa.

Los sábados por la tarde era cuando más concurrido estaba el estanque. Por nada del mundo hubieran faltado ese día los niños de la casa contigua, como tampoco el muchacho del verdulero, que solía pasar patinando gran parte del tiempo que, de cumplir con su obligación, habría dedicado a la venta de sus naranjas, manzanas y verduras.

Encaminábanse una tarde al estanque Alfredo y Emilia. A medida que se aproximaban, oían cada vez más claras las risotadas de los patinadores y el agradable chirrido de los patines al resbalar sobre el hielo. Llegados a lo alto de la colina, desde la cual se divisaba el estanque, se pararon un momento para tomar aliento.

—¡Míralos, Alfredo!—exclamó Emilia—. ¡Los ves?

Y señalaba con el dedo a dos niños que Alfredo reconoció en seguida. Eran los dos vecinitos. Con gran extrañeza de Alfredo, el niño llevaba los patines en la mano, prueba evidente de que resbalaba sobre el hielo en vez de patinar como de costumbre.

Emilia contempló con muestras de profundo interés la fila de los patinadores.

—¡Allí está *él* también!—exclamó de pronto—. ¡Míralo! ¡Precisamente delante de *ellos*!

Momentos después, llegaba hasta ellos un concierto de risotadas. El desventurado muchacho del verdulero se había colocado delante de los simpáticos vecinitos; éstos le dejaron romper la marcha llevando al brazo un descomunal cesto lleno de naranjas, y cuando hu-

bo partido se lanzaron tras él con furia loca, no sin dar antes un grito terrible.

Volvió la cabeza el de las naranjas y vió a los que le seguían; en vano quiso apresurar la marcha entonces; las distancias se estrechaban por momentos, hasta que cayó sobre él la niña de la casa vecina seguida muy de cerca por su hermanito. El verdulero quedó sentado: tuvo que soltar el cesto, y las naranjas salieron rodando por todos lados. Cediendo al empuje de los que lo habían hecho caer, recorrió con las asentaderas toda la extensión del estanque hasta detenerse en un montón de nieve, donde lo dejó medio empotrado el amigo de Alfredo, diciéndole:

—¡Para que aprendas a no poner piedras en las pelotas de nieve!

Levantóse el verdulero cariacontecido y medio llorando: ni remotamente le pasó por la imaginación la posibilidad de recobrar sus naranjas, a pesar de que la pérdida de éstas iba a ponerlo en una situación muy comprometida, porque de ellas debía dar cuenta a su patrón. Pero con gran asombro suyo se le presentaron dos niños cargados de naranjas, y uno de ellos dijo:

—Creo que las hemos encontrado todas: ¡aquí están!

—¡Cómo!—exclamó el muchacho—. ¿No eres tú a quien lastimé con la pelota de nieve?

—En efecto, yo soy—contestó Alfredo—. Pero comprendo que no tuviste la intención de hacerme tanto daño.

—¡Sí, sí la tuve! — confesó noblemente el verdulerito—. ¡Pero ahora lo siento con toda mi alma!

Y a partir de aquel día, los dos fueron íntimos amigos.

UNA FIESTA

--¿De qué irás tú, Julia?—preguntó Carolina.

Y sin esperar contestación, continuó:

—Mi vestido será sencillamente encantador: iré disfrazada de pastora. Ya sabes: una falda acolchada color azul pálido, y...

—¡Pues el mío será muchísimo más original!—interrumpió Julia—. Yo seré una mariposa con mis correspondientes alas de vaporosa muselina, ¿sabes?... y unos cuernitos en la cabeza; y Mauricio me acompañará vestido de polilla.

En el colegio dirigido por la señorita Leonor no se hablaba más que del baile de trajes que iba a darse en breve. El fuego de la exci-

tación había hecho presa de todas las alumnas; hasta Leticia, la más pequeña de todas, sería admitida. Con ojos desmesuradamente abiertos escuchaba las conversaciones de las mayorcitas, y tomaba parte en todas sus discusiones y proyectos.

Volvió de pronto sus ojos hacia una niña silenciosa y de aspecto tímido que, sin cuidarse, a juzgar por las apariencias, de la animada charla de las demás, estaba aparte, absorta en la lectura, y le dijo:

—Y tú, Juanita, ¿de qué irás vestida?

Antes que la interpelada tuviera tiempo de contestar, soltó María una carcajada desdeñosa, y dijo:

—¿Juanita? ¡Pero si Juanita no va a ir! Si fuese, tengo la seguridad de que lo haría en traje de florista y llevaría su vestido más nuevo... que debe ser bastante zarrapastroso.

Juanita se puso como la grana y no replicó; pero Leticia, rebotando indignación, dijo:

—¡Eres de lo más malo que he visto, María, y no te quiero ni pizca! ¡No le hagas caso, Juanita, y dime a mí sola qué traje vas a llevar!

—María tiene razón, Leticia—contestó en tono muy dulce Juanita—. No podré ir a la fiesta, sencillamente porque no tengo vestido que ponerme.

—¿Por qué no te hace uno tu mamá?—preguntó Leticia, para la cual no era ésa una dificultad, acostumbrada como estaba a no tener más que pedir para que su mamá le proporcionase cuanto deseara.

—¡Mi querida Leticia!—interrumpió bondadosamente Julia, observando que Juanita tenía los ojos arrasados en lágrimas—. ¿No comprendes que estás atormentando a Juanita? Cambiemos de conversación. ¡Mira, Juanita, mira! ¿Has visto un hipopótamo más gracioso?

Las demás niñas trataron de secundar los buenos deseos de Julia llamando la atención de Leticia a otra parte para que dejase en paz a Juanita; pero no era empresa fácil conseguirlo, porque Leticia no estaba satisfecha ni mucho menos. Juanita era interna del colegio de la señorita Leonor, y la mayor parte de sus compañeras pertenecían a las familias más ricas de la ciudad. Sus padres eran muy pobres, y sólo gracias a la manifiesta amabilidad de la directora podía ocupar allí un puesto superior a sus recursos pecuniarios. Esta circunstancia era para Juanita una fuente inagotable de desazones y disgustos, pues apenas podía alternar con sus compañeras; muy contadas veces

tomaba parte en sus diversiones, y sabía que había algunas, sobre todo María, que la miraban con desdén porque era pobre.

La linda cabecita de Leticia fué un verdadero volcán en erupción los dos o tres días anteriores al de la fiesta que iba a celebrarse; ésta se efectuaría en los salones del colegio la víspera de la inauguración de las vacaciones, y Leticia asistiría a ella vestida de hada. Muchas veces se probó el vestido, y la verdad es que le sentaba a maravilla, pues aparte de ser muy hermoso, iba a adornar su cabeza una estrella deslumbrante, llevaría en la mano una varita de virtudes, y en las espaldas dos alas adornadas con lentejuelas. Toda vez que se lo probaba, se ponía delante del espejo y exclamaba con manifiesta fruición:

—¡Estoy lindísima! ¡Estoy encantadora!

Llegó la noche de la fiesta, y Juanita se fué muy temprano a la cama; creyó que eso era lo mejor que podía hacer. Habría podido disfrutar de la fiesta como testigo, contemplando a sus compañeras desde la balaustrada, pero comprendió que eso sería demasiado duro para ella; por esta razón se retiró muy temprano, antes que principiases a llegar los invitados, proponiéndose dormirse profundamente y no enterarse de nada.

En los salones, la animación era inmensa y la concurrencia brillantísima. Máscaras con caperuzas rojas, pastoras, reyes y reinas, damas de la corte y altos personajes, pájaros, fieras y peces (hubo un muchacho que se presentó disfrazado de cangrejo), la Primavera y el Verano, el Invierno y el Otoño, payasos y vigilantes, de todo había. Allí estaban Julia, Carolina y Mauricio, muy satisfechos de sus personitas; en cuanto a Leticia, se la veía en todas partes, pues ninguna bullía tanto como ella.

Los salones parecían un ascua de oro; difícilmente se podría imaginar una escena más brillante. Dejaronse oír los dulces acordes de la música, y empezó el baile. Iba María vestida de Noche, ostentando en su cabeza una estrella de plata resplandeciente; no se separaba un instante de su gran amiga Enriqueta (disfrazada de pájaro), y una y otra estaban muy persuadidas de que los premios primero y segundo iban a ser para ellas. Habíase anunciado que se concederían premios a los mejores trajes, y esto bastó para que todas examinasen a sus compañeras y se hicieran no pocos cálculos acerca de quiénes serían las afortunadas.

—La que no ganará ningún premio es Juanita—dijo riendo María después de una pausa—. ¿No dije yo que no vendría? ¡Valiente andrajosa es ésa!

Mauricio, a cuyos oídos llegaron estas palabras, la miró encolezado.

—¡Es una vileza hablar así!—exclamó.

—Pero como la que habla es una niña vil...—dijo una vocecita chillona a sus espaldas.

Volvióse Maricio y se encontró frente a una hermosa hada colorosa, que lanzaba rayos de indignación por los ojos.

María soltó una risotada, y lo mismo hizo Enriqueta.

—No sé cómo la defiendes—dijo.

—¡Claro!—añadió Enriqueta—, ¡como que no es nadie!

Leticia no contestó sencillamente porque su indignación le paralizaba la lengua. Midió a las dos amigas con una mirada de desprecio, y se alejó de ellas.

Entretanto la pobre Juanita estaba en su cuarto, pero sin poder conciliar el sueño a pesar de sus esfuerzos. Cerraba los ojos, rezaba, contaba mentalmente desde uno hasta mil... todo era inútil. De pronto hirieron sus oídos los sonos de la música.

¡Pobre Juanita! Mientras sus compañeras se divertían, ella permanecía solita, convencida de que nadie le dedicaría un pensamiento: suponía que todas tenían mucho que hacer con divertirse, y las lágrimas acudieron a sus ojos y rodaron por sus mejillas, no obstante los esfuerzos que hacía para contenerlas. ¡Le habría gustado tanto participar de la fiesta!

Cuando menos lo esperaba oyó un claro rumor de pasos; había tenido la precaución de cerrar bien la puerta de su cuarto para evitar que llegasen hasta ella los ruidos de la fiesta, pero las pisadas sonaban precisamente junto a la puerta, y ésta no tardó en abrirse cautelosamente, apareciendo en su umbral una figura hermosísima, encantadora.

Era una persona diminuta, vestida con un lindo traje color rosa, ostentando en la cabeza una estrella resplandeciente, y empuñando una larga varita de virtudes en cuyo extremo brillaba otra estrella. Juanita creyó al principio que estaba soñando; pero el hada, después de pasear sus miradas por la habitación, se echó sobre ella rodeando su cuello con sus diminutos brazos. ¡Era Leticia!

—¡Oh Juanita!—princió diciendo—. ¡No puedes figurarte cuánta es mi alegría al encontrarte! ¡He sufrido lo indecible al ver que no estabas en la fiesta; te aseguro que no me he divertido poco ni mucho!

—¡Leticia, por Dios!—exclamó Juanita llorando casi de alegría—. ¿Por qué has subido? ¿Por qué te privas de la fiesta?

—Prefiero perderla con tal de hacerte compañía—contestó Leticia—. Además, se me ha ocurrido una idea magnífica. Yo, Julia, Carolina y Mauricio hemos buscado un rinconcito muy agradable y cómodo, y hemos llevado a él una porción de cositas de las que han servido en la mesa, y tú vas a bajar ahora y te colocarás a nuestro lado en el lugar escogido, desde el cual, con sólo alargar un poquito el pescuezo, podrás ver todos los disfraces sin que nadie pueda verte a ti: ¿verdad que mi idea ha sido feliz?

Juanita no supo qué contestar; en realidad no veía por qué no había de bajar unos minutos para contemplar la brillantez de la fiesta. De pronto dió un abrazo a Leticia y dijo:

—¡Eres una hada encantadora, mi querida Leticia!

Inmediatamente saltó de la cama y siguió a su amiguita.

Cariñoso sobre toda ponderación fué el recibimiento que la hicieron los demás que estaban esperándola. Habían llevado allá una cena espléndida, y sentando a la recién llegada en un sitio conveniente para que pudiera admirar los disfraces de todos los concurrentes a la fiesta, le hicieron comer sandwiches, pasteles, merengues y toda clase de golosinas.

—¿Querréis creer que me divierto más estando aquí que en el salón?—dijo Carolina.

—Y a mí me sucede lo mismo—contestó Julia—; como que esto es una aventura y yo rabio por las aventuras.

—La idea es de lo más hermoso—terció Mauricio—; y el mérito de la invención corresponde a Leticia.

Julia estrechó la mano de Leticia.

—¿Cuándo van a decir quién ha ganado el premio? — preguntó Juanita.

—Ni lo sé, ni me importa—contestó Carolina—. ¡Como no va a ser para nosotras!

—¡Pero sí para Leticia!—objetó vivamente Julia.

—Voy a informarme—dijo Mauricio, echando a correr escaleras abajo y perdiéndose en el salón.

Momentos después aparecía de nuevo muy mal humorado, diciendo a alguien que le seguía:

—¡Bueno, bueno! ¡De todas maneras, no está bien!

—¿Qué pasa, Mauricio?—preguntaron a un tiempo Carolina y Julia tan pronto como el otro penetró en el escondite.

—¿Qué ha de ser? ¡Una indignidad! ¡Que todo ha terminado, que María se lleva el primer premio, cuando indiscutiblemente el me-

jor disfraz es el de Leticia! ¡Qué vergüenza! ¡Excluir de esta manera a Leticia!

—¡No me importa! — contestó Leticia precipitadamente—. ¡Lo que menos me importa es el premio!

Quizá sus palabras no eran del todo sinceras, pues al hablar lo hacía con mucha precipitación y sus mejillas se habían puesto de un color más subido que el de las rosas que adornaban sus vestidos.

—¿Cuánto tiempo hace que se ha adjudicado el premio?—preguntó Juanita, que había escuchado con profunda atención las razones de Mauricio.

—¡Escasamente cinco minutos! ¡Aprovecharon el ratito que tardó Leticia en subir a tu cuarto!

—¡Señorita Leonor! ¡señorita Leonor!—gritó Juanita al ver que ésta salía del salón.

La señorita alzó los ojos sorprendida.

—Le agradecería mucho que tuviese la bondad de subir un momento, señorita Leonor—continuó Juanita—; tengo que decir a usted unas palabras.

—¿Qué significa esto?—preguntó la señorita al encontrar el grupito en el escondite.

Todos quisieron hablar a un tiempo, pero la señorita impuso silencio y pidió a Juanita que hablara ella sola.

Juanita contó en breves palabras todo lo ocurrido. Dijo que Leticia, dejándose llevar por los impulsos de su corazón, había subido a su cuarto y la había sacado de la cama para que pudiera disfrutar de la vista de la fiesta, ya que no tomaba parte en ella, y había perdido así la oportunidad de obtener el primer premio.

—Y no es justo—terminó diciendo—, que por mi causa se quede sin él.

La señorita Leonor paseó sus miradas por el reducido grupo, y dijo:

—No veo la manera de remediar la cosa. Leticia ha preferido proporcionarte un momento de alegría y no el premio, y en mi opinión el placer consiguiente a su buena obra es su mejor recompensa.

—¡Certísimo!—exclamó Leticia—. ¡No me importa haber perdido el premio! ¡Mil veces que me viera en este caso preferiría quedarme haciendo compañía a Juanita, señorita Leonor!

Fué preciso que subieran todos a la habitación de Juanita, pues la señorita Leonor no quiso que continuasen allí, en atención a que Juanita estaba con bata de dormir; pero permitió a todos que le hicieran compañía hasta que terminara la fiesta.

María se contoneaba al día siguiente llena de orgullo, pero Leticia no envidió su satisfacción. Se contentó con sonreír mientras decía que ella había ganado otro premio de más valor, cosa que María no comprendió.

Pero Juanita, sí.

EL PRIMO CAMPESINO

—¡Esto es horrible!—decía Cristóbal.

—¡Nos va a echar a perder todos los días de fiesta!—exclamó Juanito.

—¿Qué sabéis vosotros?—terció Pepito, que siempre veía las cosas a su manera—. ¡Veréis cómo resulta irreprochable!

—¿Quién?—dijo Cristóbal—. ¡Un muchacho que en su vida ha puesto los pies en la ciudad!

—Será tan estúpido como todos los provincianos—repuso Juanito—. ¡Figúrate! ¡Tiene ya siete años y no sabe leer!

—De todas maneras—interrumpió vivamente Pepito, a quien no agradaba que se profundizase mucho el asunto de la lectura—. De todas maneras, lo cierto es que muy pronto estará entre nosotros, y fuerza será que no le hagamos ningún desaire.

Motivaba esta discusión el primo Ricardito, muchacho que vivía en un pueblo del interior y debía llegar muy en breve para pasar las vacaciones en la capital. No le conocían personalmente, pero habían oído hablar mucho de él, y hay que decir que los datos que al respecto habían podido reunir lo favorecían muy poco. Sin embargo, estaba para llegar, y como decía muy acertadamente Pepito, no debían hacerle objeto de desaires.

Los tres niños se encaminaron a la estación para recibir al forastero; se les había recomendado que estuviesen en el andén por lo menos cinco minutos antes de la hora del tren, y llegaron con tiempo sobrado.

Propuso Juanito que, como tenían mucho tiempo por delante, y como, por otra parte, era seguro que el tren llegaría tarde, lo más acertado sería hacer una expedición hasta el último confín del andén para comprar unas pastillas de chocolate. Aceptó la proposición Cristóbal, pero Pepito se mostró un poco recalcitrante.

Convenciéronle al fin, y partieron los tres, creyendo que tendrían tiempo de sobra. Pero fueron tan lejos, y la compra del chocolate los

demoró tanto, que cuando al fin pudieron encontrar un reloj (que dicho sea de paso estaba atrasado), exclamó horrorizado Pepito:

—¿No lo dije yo? ¡Mirad! ¡Ya es tarde!

Y así era en efecto. Volvieron corriendo al andén, haciéndose la ilusión de que el tren habría llegado con atraso, pero, contra lo que suele ocurrir de ordinario, aquel día había llegado a su hora: el andén estaba completamente desierto y los viajeros habían salido ya para sus respectivos destinos.

Allá, en el último extremo del andén, divisaron un grupo de personas. Encamináronse hacia aquel lugar y tuvieron ocasión de ver que el grupo lo formaban algunos empleados, entre los cuales se encontraba un niño con una maleta de regulares dimensiones y una jaula con un mirlo.

Uno de los empleados meneaba la cabeza con expresión perpleja.

—¡Venido a recibirte!—decía—, ¡no he visto a nadie!

En aquel punto avanzó Cristóbal.

—¿Eres tú, Ricardito?—preguntó al niño en cuestión.

—¡Sí, yo soy!—contestó éste.

—¡Albricias! — exclamó en tono satisfecho Juanito—. ¡Nosotros hemos venido a recibirte!

—Perfectamente—dijo el empleado, respirando como quien se quita un peso de encima—, pero debieron tratar de llegar a tiempo.

No contestó Cristóbal, y lo cierto es que nada podía contestar; cogió un asa de la maleta, Juanito tomó la otra, y Pepito se hizo cargo de la jaula.

La vergüenza que los tres hermanitos sentían hizo que apenas cruzasen algunas palabras con Ricardito, quien por su parte se esforzó poco para entablar conversación a causa de su timidez natural.

Salieron de la estación y no tardaron en encontrarse en medio de las oleadas de personas que a paso acelerado iban por las aceras. Ricardito se sintió aturdido al ver tanta gente y procuró no separarse de los tres niños.

Detuviéronse de pronto Cristóbal y Juanito, que rompían la marcha, giraron sobre sus talones, y se quedaron como clavados en el suelo: Ricardito y Pepito habían desaparecido.

—¿Dónde podrán estar?—preguntó Juanito.

—¡Qué fastidio!—exclamó Cristóbal.

Se pararon a esperarlos en una esquina de la calle, y no tardaron en verlos llegar jadeantes y azorados.

—Ricardito tiene un miedo horrible a cruzar la calle—dijo Pepi-

to—. He creído que no iba a encontraros ya... ¡podíais haber esperado un poco!

—¿Por qué ese miedo?—preguntó sorprendido Cristóbal.

—Porque... porque pasan muchos coches y otras cosas—contestó balbuciendo Ricardito—; y el mirlo no tiene costumbre de ver tanta gente... se asusta.

—¡Me parece que no es sólo el mirlo el que se asusta!—dijo Cristóbal contrariado—. ¡Vaya! en marcha, pues de lo contrario no llegaremos hoy a casa.

La cara de Ricardito tomó el color de las amapolas y pareció que el niño iba a romper a llorar; pero Pepito lo cogió de la mano, le dió un apretón y le murmuró en el oído:

—¡No hagas caso de lo que digan, pues no lo dicen por ti!

Afortunadamente, en aquel momento absorbió la atención de todos la aparición de un hombre orquesta, de esos que tocan a un mismo tiempo cinco o seis instrumentos, como son el bombo, los platillos, un acordeón, un cornetín y una gaita, y al que seguía una turba de chiquillos.

Ricardito se quedó contemplándolo mudo de asombro. El hombre orquesta decía que, en cuanto le entregasen una moneda de diez céntimos ejecutaría una sinfonía que solía tocar solamente en presencia de los millonarios. Echó Ricardito mano al bolsillo en busca de la moneda, y Pepito tuvo ganas de hacer lo mismo; pero antes que tuvieran tiempo de sacar el dinero, la voz impaciente de Cristóbal los obligó a continuar la marcha.

Algo mitigó el malestar de Ricardito el recibimiento que al llegar a la casa le hizo la familia, muy distinto ciertamente del que le habían dispensado los niños.

Su tía María le prodigó mil atenciones, que muy pronto le hicieron olvidar los primeros desdenes. El mirlo mereció ser admirado por todos, hasta por Cristóbal mismo.

Es cierto que, cuando se pusieron al descubierto las cosas que Ricardito traía en su maleta, principiaron de nuevo las pullas de los niños, que fueron para el pobre propietario otras tantas espinas dolorosas; pero un solo gesto de la tía María bastó para cerrar todas las bocas, quedando la paz restablecida.

Hacia el final de la velada, Pepito tomó una decisión digna de su carácter bondadoso: se convenció de que Ricardito era un buen muchacho y resolvió hacerse amigo de él. Así lo manifestó a Cristóbal y a Juanito, los cuales lo consideraron desde entonces como traidor a su causa.

—Puedes hacer lo que te plazca—dijo Cristóbal—; pero ten entendido que deberás apartarte de nuestra vista. ¡Nosotros no queremos llevar pegado a los talones a un palurdo semejante!

—¡Por supuesto!—apoyó Juanito—. ¡Vaya un fastidio! ¡Vámonos a jugar, Cristóbal, vámonos!

Pepito no dijo una palabra, pero sintió el desaire con toda su alma. Era el más pequeño de los tres, y le había costado no pocos trabajos y súplicas conseguir que lo admitiesen en sus juegos; precisamente hacía muy pocos días que había entrado a formar parte de la banda, por decirlo así, y ya se veía expulsado de ella.

Un buen rato estuvo meditando sobre su situación. El problema tenía una solución sencillísima: con abandonar a Ricardito a su suerte, podría compartir las diversiones de sus hermanos mayores, que en aquellos días tenían en proyecto una porción de aventuras de las que tanto le gustaban. Sin embargo, después de estudiar concienzudamente el punto, resolvió ser el apoyo de Ricardito, y, si venía bien, idear distracciones para los dos.

Amaneció el día siguiente, y después del almuerzo se discutió el plan de campaña.

—Vamos a ver, niños—empezó a decir en tono cariñoso la tía María—. ¿Qué pensáis hacer hoy? Supongo que ya habréis decidido la manera de pasar agradablemente el día.

—Cristóbal y yo vamos a casa de nuestro amigo Andrés—contestó Juanito en tono algo altanero.

—Casi puedo asegurar que daremos un paseo en automóvil—añadió Cristóbal—; su papá acaba de comprar uno nuevo.

—¿Y por qué no van los demás con vosotros?—preguntó la tía.

—Ricardito y yo iremos a jugar al parque, mamá—contestó apresuradamente Pepito, cuya cara tomó un tinte rojo subido porque su delirio era pasear en automóvil.

—¡Los pequeños no pueden alternar con nosotros!—dijo en tono desdenoso Cristóbal.

—Además—añadió Juanito—, Ricardito se asustaría al ver el automóvil.

—No necesitamos a nadie—dijo Pepito—; así que no tenéis que inquietaros por nosotros.

Como la discusión iba tomando un giro peligroso, la tía María consideró que lo más acertado sería terminarla. Ricardito estuvo escuchando a unos y otros sin pronunciar palabra, con los ojos y la boca abiertos desmesuradamente.

Salieron los dos mayorcitos armando no poco ruido, y Pepito y

Ricardito se fueron a pasear. Durante toda la tarde, Pepito acompañó a su primo por las mejores calles de la ciudad enseñándole lo más notable y demostrando ser un excelente guía.

Cristóbal y Juanito llegaron a casa después de ellos. Parece que su diversión no había respondido al programa que se habían forjado. Ni siquiera habían podido ver el automóvil, pues el papá de Andrés había salido en él muy temprano sin que hubiera regresado cuando ellos volvieron a casa. Como recurso, habían jugado una partida de *foot-ball*, que debió ser algo violenta porque Juanito traía una cortadura en la rodilla y Cristóbal un chichón más que regular en la frente.

En resumen: demostraron poquísimo entusiasmo por repetir la visita a Andrés. En cambio, Pepito les refirió cuánto se habían divertido él y Ricardito en su paseo.

—Mañana saldremos con vosotros—dijo Cristóbal, cambiando una mirada de inteligencia con Pepito.

Proponíase inducirlos a visitar las fieras del Jardín Zoológico, creyendo que eso les ofrecería ocasión de demostrar la superioridad de sus conocimientos, sobre todo con respecto a Ricardito, quien seguramente no sabía una palabra acerca de ellas.

En efecto, al día siguiente salieron juntos, llevando consigo la merienda envuelta en un papel, y estaban esperando el tranvía, cuando se les aproximó un limpiabotas diciendo:

—¿Quieren que les limpie los zapatos, señoritos?

No fué poca la indignación de los demás cuando vieron que Ricardito entablaba conversación con el limpiabotas diciéndole:

—Agradezco mucho su atención, pero por ahora no necesito sus servicios.

—¡No debe hacerse caso a los limpiabotas!—decía Cristóbal.

—¡Claro que no!—apoyaba Juanito—. ¡No es correcto!

—Pero si me hablaba, ¿por qué no contestarle?—replicaba Ricardito en son de protesta.

La llegada del tranvía puso término a la discusión. El viaje impresionó vivamente a Ricardito, con no poco contentamiento de los demás, que le manifestaron que ése era el medio de locomoción que empleaban de ordinario.

Las fieras proporcionaron a Cristóbal y a Juanito una tarde deliciosa. Habíanlas visto muchas veces, conocían a todos los empleados y eran conocidos por ellos, y como asiduos concurrentes disfrutaban de algunas libertades que no a todos se les concedía.

—Mira, Ricardito — principió Cristóbal—. Aquí tienes al oso blanco.

—¿No los has visto nunca en tu pueblo?—preguntó Juanito en tono zumbón.

—No—contestó modestamente el interpelado—; en mi pueblo no hay animales salvajes, como no sean algunos gatos monteses, y, en lo más crudo del invierno, uno que otro lobo. Además, no podría haber osos blancos, pues sabido es que éstos sólo se encuentran en los mares polares, entre bancos de hielo.

Estupefacción de los dos zumbones, que no creían que Ricardito estuviese tan impuesto en esa clase de conocimientos.

No vamos a repetir la infinidad de necedades que la presunción hizo decir a Cristóbal y a Juanito, ni las atinadas observaciones que la vista de las fieras sugirieron a Ricardito, reveladoras de sus conocimientos en historia natural; sólo diré que vieron comer a los leones y a los tigres, que una que otra vez se estremecieron al escuchar sus rugidos, que cabalgaron sobre el camello, y, en una palabra, que se divirtieron de lo lindo.

Ya creían Cristóbal y Juanito que el primo había defraudado sus esperanzas de burlarse de él; pero estaban merendando no lejos del lugar que ocupaba el elefante, sin pensar más que en dar de su merienda buena cuenta, pues el paseo les había abierto el apetito, cuando Ricardito, que se llevaba a la boca un pedacito de pan, vió sobre su cabeza una sombra que, alargándose y replegándose en un abrir y cerrar de ojos, le arrebató el pan. La sorpresa lo hizo levantarse de un salto y soltar un grito ahogado.

—¡Estúpido, cobarde!—murmuró Cristóbal.

—Te equivocas, Cristóbal—contestó Ricardito—, si crees que fué el miedo lo que me hizo levantar: fué la sorpresa.

—Pues también pensé yo lo mismo que Cristóbal—terció Juanito—; y sigo creyendo que no ha sido ajeno al miedo el salto que acabas de dar. Lo menos que has creído es que el elefante te alzaba con su trompa.

—Hubiera podido hacerlo — replicó Ricardito—, pues fuerza de sobra tiene para ello; pero sé muy bien que el elefante, no obstante ser el más grande de los animales terrestres, es generoso, dócil y casi inofensivo, pues salvo las veces en que se enfurece, que son pocas, lejos de ser malo, obedece sumiso al hombre y hasta sufre que se le emplee como bestia de carga.

Con la boca abierta escucharon los primos las atinadas observaciones de Ricardito, reveladoras de conocimientos que ellos estaban

muy lejos de poseer. Pero subió de punto su asombro cuando, al llegar frente a la inmensa jaula que sirve de morada a los monos, oyeron cómo Ricardito distinguía los orangutanes de los titís, los gorilas de los babuinos, explicando las cualidades características de cada uno de ellos, y dando pruebas de ser muy entendido en la materia.

—¿Se crían monos en tu pueblo?—preguntó Cristóbal con sorpresa.

—No—respondió Ricardito sonriendo.

—Entonces los habrás visto en las ferias... como se han generalizado tanto...—dijo Juanito.

—Hoy es la vez primera que los veo—contestó Ricardito—; pero no hace falta verlos para conocerlos y distinguirlos, cuando se tiene un maestro tan bueno como el que yo tengo. A él debo todos mis conocimientos.

Esta escena se repitió infinidad de veces, pues los niños quisieron recorrer nuevamente la sección de animales para oír las explicaciones de Ricardito. Como es natural, sus disposiciones con respecto a éste se suavizaron mucho, aunque no desapareció por completo la animosidad que desde su llegada le habían manifestado.

Esta debía terminar, sin embargo, a su regreso a casa. Acababan de doblar una esquina cuando vieron que en su dirección venían unas vacas.

Salieron al mismo tiempo dos perros, ladrando furiosamente, y no tardaron nuestros amigos en ver que una de las vacas, separándose de sus compañeras, emprendía una carrera vertiginosa con evidentes muestras de excitación.

En dirección opuesta a la que tomó la vaca venía una niña pequeña cogida de la mano de su niñera. Una y otra se quedaron heladas de espanto; la niña procuraba ocultarse entre las faldas de la niñera, mientras ésta no acertaba a abrir una puerta que a su lado había.

La vaca furiosa seguía recta como una flecha en dirección a ellas.

—¿Qué haremos?—preguntó Juanito.

—¡No sé!—respondió Cristóbal.

Muy pronto, sin embargo, al ver que la vaca estaba ya muy cerca, dieron media vuelta y pusieron pies en polvorosa.

En cambio Ricardito, el que había saltado al ver sobre su cabeza la trompa del elefante, Ricardito el campesino, se quedó perfectamente tranquilo sin dejar entrever el menor susto. Un poquito más pálido que de costumbre, acaso, pero nada más.

—Ayúdales a abrir la puerta, Pepito—dijo con voz entera—, mientras yo procuro llevarme la vaca.

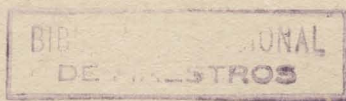
Dichas estas palabras, avanzó unos pasos, tomó una sombrilla colorada que llevaba la niña, y salió al encuentro del enfurecido animal.

Fué cuestión de uno o dos minutos. La niña, su niñera y Pepito, ya puestos en lugar seguro, vieron horrorizados cómo Ricardito cerraba el paso al excitado animal y lo obligaba a dar media vuelta agitando la sombrilla; lo demás se hizo por sí solo, pues la vaca, no bien vió a sus compañeras, corrió a reunirse a ellas. Momentos después todas seguían tranquilamente su marcha dejando libre el camino.

Pepito refirió el suceso a la tía María, y Cristóbal y Juanito al llegar a casa, por cierto muy corridos y con evidentes señales de vergüenza, tuvieron que confesar que Ricardito el campesino sabía más que ellos, y era un chico valiente.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

SC
LIT
C-BP
12



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Un cumpleaños.	5
Los dos gatitos.	17
Los dos deseos.	24
La pelota de nieve.	29
Una fiesta.	33
El primo campesino.	39

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

- | | | |
|--|--|--|
| <p>Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.
El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Meterete.
Leadme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.</p> | <p>El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.
Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusoe.
Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos.</p> | <p>Cuentos de Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.
Los dos hermanos.
Eustaquio.
Vidas de hombres célebres.
Episodios históricos.
Cuentos y fantasías.
Fábulas de Iriarte.
Cuentos de Andersen.
Cuento de primavera.
Mi mejor juguete.
Para el nene.
Gulliver en el país de los enanos.
Gulliver en el país de los gigantes.
Animales feroces.
Animales domésticos.
Lecturas escogidas en prosa y verso.</p> |
|--|--|--|

BIBLIOTECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | | |
|---|--|---|
| <p>1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (1.º)
11. Cuentos de Andersen. (2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.</p> | <p>26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo.
39. Una ciudad flotante. (1.ª)
40. Una ciudad flotante. (2.ª)
41. Miguel Strogoff. (1.ª p.)
42. Miguel Strogoff. (2.ª p.)
43. Las Indias negras. (1.ª p.)
44. Las Indias negras. (2.ª p.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma.—El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.</p> | <p>53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac. (1.º)
58. Id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 1.º)
63. Los Hijos del Capitán Grant. (Tomo 2.º)
64. Los Quinientos millones de la Begún.
65. De la tierra a la luna.
66. Alrededor de la luna.
67. El «Chancellor».
68. Las tribulaciones de un chino en China.
69. Una invernada entre los hielos.
70. Veinte mil leguas de viaje submarino.
71. La vuelta al mundo en ochenta días.
72. Viaje al centro de la tierra.</p> |
|---|--|---|